

## MÚSICA, TOROS Y TOREROS (y II)

Cuando el 16 de mayo de 1920 el toro “Bailaor” mató a Joselito (José Gómez Ortega) en la Plaza de Talavera de la Reina, una conmoción estremeció a España. Moría uno de los símbolos de la alegría de vivir justo cuando empezaban los “felices años 20”. Los poetas y los músicos se hicieron portavoces de su recuerdo y lo immortalizaron en coplas y versos. Pocos años después, su nombre era uno de los referentes de los toreros famosos muertos frente al toro. El protagonista del cuplé “El niño de las monjas”, que luego cantaría inimitablemente “La Niña de la Puebla”, cuando está expirando en la plaza manchada con su sangre dice:

“Ya no seré torero.  
Torero no seré.  
Que muero como Granero,  
y Varelito, y el gran José”.

Y los siempre recordados Quintero, León y Quiroga compusieron en los primeros años 60 para Juanita Reina el pasodoble “Silencio por un torero”, que pregonaba:

“Aquella tarde Sevilla  
se puso toda amarilla,  
quebraíta de color.  
Y sobre el aire caliente  
su voz clamó de repente.  
¡Ay qué pena y qué dolor!

Silencio en Andalucía,  
rezadle un avemaría  
y quitadse los sombreros.  
Silencio el patio y la fuente,  
que está de cuerpo presente  
el mejor de los toreros”.

En cuyo estribillo aparecía el Guadalquivir tintado en sangre, Sevilla dando gritos de dolor y hasta la Virgen María suspirando por aquel torero admirado y querido, nacido en Gelves y muerto a traición en Talavera:

“Parece que está dormío,  
Dios mío,  
en su capote de brega.  
Y por Gelves viene el río  
teñío  
con sangre de los Ortega.

Suspira bajo su velo  
la Virgen de la Esperanza,  
y arría en señal de duelo  
banderas la Maestranza.  
Y Sevilla, enloquecía,  
repetía a voz en grito:  
¿Pa qué quiero mi alegría  
si se ha muerto Joselito?”

Gerardo Diego, uno de los mejores poetas de la Generación del 27, escribió en su libro “La suerte o la muerte”, dedicado íntegramente al mundo taurino, dos poemas a Joselito. En uno de ellos, “Elegía a Joselito”, se pueden leer estos serventesios:

José, José, ¿por qué te abandonaste  
roto, vencido, en medio a tu victoria?  
¿Por qué en mármol aún tibio modelaste  
tu muerte azul ceñida de tu gloria?

Cinta ya fugitiva, nada vive  
de tus claros millares de faenas.  
Y resbalan memorias en declive,  
igual que de las manos las arenas.

.....

Y todo cesó, al fin, porque quisiste.  
Te entregaste tú mismo; estoy seguro.  
Bien lo decía en tu sonrisa triste  
tu desdén hecho flor, tu desdén puro.

Otro torero cuya muerte en la plaza, en este caso la de Manzanares, llenó a España de luto fue Ignacio Sánchez Mejías, hombre culto y amigo de escritores y de intelectuales, que rompió el cliché popular de que el torero debía ser escasamente instruido, tal vez para poder enfrentarse a la muerte sin excesivas filosofías, inclinado siempre a las juergas, al vino y a la existencia un poco canalla. La muerte de Ignacio provocó no sólo la melancolía de su amante “La Argentinita” (Encarnación López Julves), extraordinaria cupletista, precursora de la llamada “canción española”, sino el nacimiento de una de las grandes obras poéticas de Federico García Lorca: “Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías”:

“No se cerraron sus ojos  
cuando vio los cuernos cerca,  
pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.  
Y a través de las ganaderías  
hubo un aire de voces secretas  
que gritaban a toros celestes  
mayorales de pálida niebla.  
No hubo príncipe en Sevilla  
que comparársele pueda,  
ni espada como su espada

ni corazón tan de veras.  
Como un río de leones  
su maravillosa fuerza,  
y como un torso de mármol  
su dibujada prudencia.  
Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia”.

Otros muchos poetas españoles han dedicado versos al toro y al torero: Manuel Machado (“La fiesta nacional”), José María Pemán (“Tarde de toros”), Rafael Alberti (“Chufliyas”), Rafael Duyos (“Letrillas para Antonio Bienvenida en la Plaza de Barcelona”), Federico Muelas (“Cogida y muerte de Pepete en la Plaza de Toros de Madrid”), Luis López Anglada (“Oda a los toreros de Andalucía”), Rafael Morales (“Poemas del toro”), Antonio Murciano (“Recuerdo de Juan Belmonte”), etc.

Y, para terminar, una espinela que culmina el largo poema del hoy casi, e injustamente, olvidado Adriano del Valle dedicado a Manolete:

#### *Brindis póstumo*

Cuando saliste a la plaza  
como un sol en su apogeo,  
siendo cumbre del toreo  
lo eras también de tu raza.  
Hoy la muerte te desplaza;  
pero emplaza el hecho cierto  
de tu recuerdo despierto,  
que mantendrás en la lid  
para ganar, como el Cid,  
batallas después de muerto.

**Gonzalo Pulido Castillo**